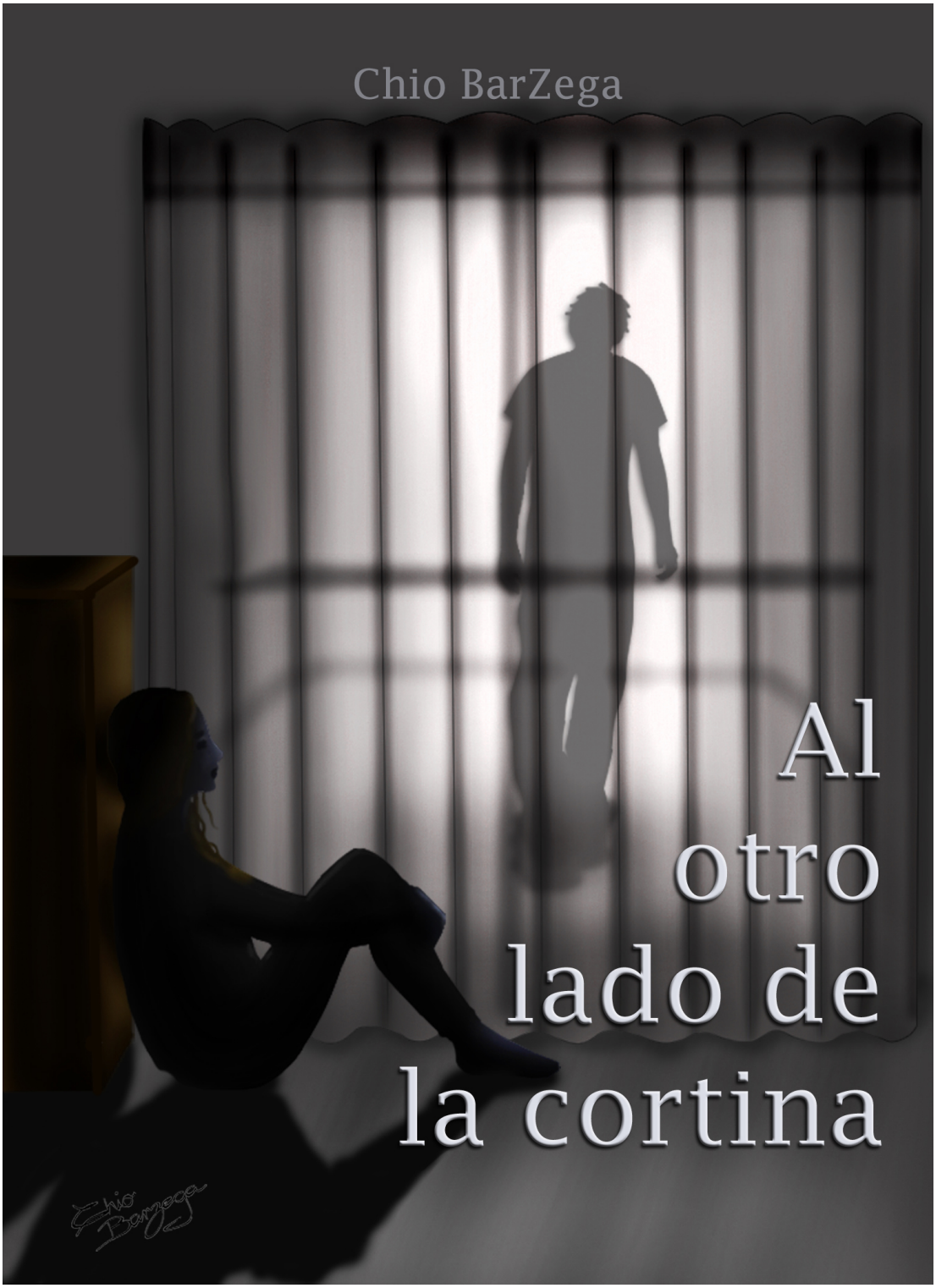
Al otro lado de la cortina

Chio BarZega



Capítulo 1

PELOS DE ERIZO

La mañana de su octavo cumpleaños, al abrir la cortina de la ventana, Mariana se encontró frente a frente con un niño de grandes ojos cafés que le devolvió la mirada con sorpresa y a continuación exclamó:

- Tienes todo el pelo para arriba como un erizo.

Y se empezó a reír fuertemente mientras Mariana se tocaba el pelo confundida y cerraba la cortina de prisa. Corrió al espejo y se observó. Llevaba su clásica pijama de fresas y su pelo estaba ciertamente parado y dirigido a todos lados. Frunció el ceño.

En esa época, Mariana usaba el cabello muy corto y casi no le llegaba a la mitad del cuello. Ya que su madre se iba a trabajar muy temprano y tenía solo tiempo suficiente para preparar la comida, no tenía el lujo de que alguien le hiciera lindos peinados para ir a la escuela así que simplemente se pasaba el peine con rapidez y a continuación se ponía una vincha. Estaba acostumbrada a ello desde el jardín de infantes así que jamás había pensado en dejar que su cabello creciera más allá de lo usual.

Frunció el ceño ante la cortina y se acercó para mirar de nuevo, la abrió lo suficiente para asomarse pero el niño ya no estaba allí. Se quedó un momento observando por si volvía a aparecer pero nunca lo hizo.

- ¡Mariana! ¿Ya despertaste? ¡Baja a desayunar!

Mariana dio un respingo ante el sonido de la voz de su madre. Miró el reloj de la pared confundida y entonces recordó que era fin de semana, así que era normal que su madre la llamara a desayunar a las nueve de la mañana. Abrió la puerta de su habitación y bajó corriendo las escaleras para contarle la noticia del extraño niño de la casa de al lado.

- … Al parecer el señor es policía… un coronel –dijo la voz de su padre en la mesa- la señora parece amable. Tienen dos hijos por lo que vi. Uno parece de la edad de Mariana y el otro apenas es un bebé.

- Buenos días papi –dijo Mariana al entrar al comedor.

- Buenos días… ni siquiera te has lavado la cara.

- Ay amor, primero dile feliz cumpleaños al menos –dijo su madre yendo a darle un fuerte abrazo a su hija- Feliz cumpleaños hijita.

- ¡Mamá! -le dijo Mariana tratando de deshacerse del abrazo.

- ¿Es tu cumpleaños? –Preguntó el padre y luego con voz fingida agregó- Feliz cumpleaños hijita.

Mariana solo miró a su padre un instante y se dio media vuelta para ir a lavarse. Estaba bastante acostumbrada a recibir críticas de él todo el tiempo y también a la manera en que mostraba cariño.

Se lavó la cara lentamente, le entristecía un poco no poder dar la primicia del niño ahora que su padre había contado ya tantos detalles. Regresó a la mesa para escuchar más cosas pero ya había cambiado de tema y ahora hablaba de políticos. Así que comenzó a tomarse su jugo favorito de fresas y leche con rapidez. En parte para no tener que escuchar más tiempo una conversación que no entendía y por otro lado para ir a asomarse por la ventana y espiar a los nuevos vecinos.

Mariana había vivido en aquella casa desde siempre y casi desde el mismo tiempo, había sido una niña solitaria. Habiendo crecido con dos padres trabajadores a tiempo completo, sin ningún hermano o hermana, y sin vecinos cercanos de su edad; se pasaba las tardes después de la escuela sola en su habitación haciendo tareas y si alcanzaba el tiempo, ver un poco de televisión o leer historietas antes de apagar las luces. En el colegio, no tenía muchos amigos pues los otros niños la trataban distinto por ser la menor de todos.

Estaba muy emocionada ya que nadie había vivido nunca en esa vivienda. La casa de al lado estaba separada por una especie de pasaje de unos dos metros, cada mitad le pertenecía a una de ellas. Lo curioso era que ambas casas tenían una ventana dirigida hacia ese lado en el segundo piso, con un balcón que se extendía unos sesenta centímetros hacia afuera, lo cual hacía que fuera muy fácil para un adulto pasarse de una casa a otra sin mayor esfuerzo. Esta era la ventana que pertenecía al cuarto de Mariana y por la cual había visto al otro lado innumerables veces sin que nadie más se asomara por ella hasta hoy.

Salieron al mercado y al regresar, mientras su madre lavaba las cosas, Mariana aprovechó que su padre se encontraba fuera lavando el carro para merodear por el jardín delantero y recorrer la cerca que dividía

ambas casas. Se asomaba a menudo al otro lado con pequeños saltitos, la cerca solo medía un metro y medio pero a ella le faltaban aún cinco centímetros para poder ver por encima con facilidad. Llegó a su patio trasero y decidió asomarse por el agujero que había en una de las tablas. Era un agujero en forma de cuña de unos veinte centímetros de longitud que te dejaba ver perfectamente al patio del otro lado. Iba a asomarse cuando una voz le llegó del otro lado.

- ¡Ah!... ¡Pelos de erizo! –exclamó.

Mariana dio un salto y se agachó también para ver. El niño de antes estaba allí haciendo exactamente lo mismo que ella hacía. Espiar al otro lado.

- No tengo pelos de erizo –contestó Mariana frunciendo el ceño.

- Es cierto, ahora no… pero antes sí –dijo el niño con expresión confiada.

- Me acababa de levantar… es normal –le dijo Mariana defendiéndose.

El niño no contestó y simplemente se sentó en el suelo para estar más cómodo. Mariana hizo lo mismo de tal manera que ambos podían verse al menos un ojo y un lado del rostro.

- ¿Cómo te llamas? –preguntó el niño.

- Mariana, ¿y tú?

- Josef… ¿Cuántos años tienes?

- Ocho… ¿tú?

- ¿Cuándo cumples años?

- Hoy…

- Soy mayor que tú –dijo Josef con orgullo- Mi cumpleaños fue el mes pasado, así que soy mayor por un mes.

- Eso no es nada –le dijo Mariana- Yo ya estoy en cuarto grado.

Mariana estaba orgullosa de que la hubieran adelantado el primer grado así que estaba más adelantada que los otros niños de su edad.

- Pues yo también –le dijo Josef.

- No es cierto.

- Sí lo es.

- A mí me adelantaron el primer grado.

- Pues a mí el segundo.

- No te creo.

- Pues no lo hagas.

Se quedaron viendo mutuamente un buen rato en silencio con los ojos entrecerrados hasta que alguien llamó a Josef del otro lado, probablemente su madre.

- Me tengo que ir –le dijo a Mariana.

- Bien.

- Bien.

Se paró y se alejó corriendo.

Mariana se quedó sentada con las piernas cruzadas un buen rato y luego finalmente se puso de pie. Entró por la puerta de atrás que daba a la cocina y encontró a su madre cortando el pescado.

- Mamá.

- ¿Si?

- ¿Pueden adelantar a un niño en segundo grado?

- No se… yo creo que sí… no hay mucha diferencia con el primer grado –le contestó su madre sin verla- ¿Por qué?

- El niño de al lado dice que lo adelantaron segundo grado así que está en cuarto grado como yo.

- ¿Ya le hablaste? ¿Y cómo se llama?

- Se llama Josef y tiene ocho años como yo… pero él dice que es mayor porque su cumpleaños fue el mes pasado.

Su madre soltó una pequeña risita y la miró.

- Las niñas maduran más rápido dicen… así que en cierta forma tú sigues siendo mayor –le dijo su madre- pero no se lo digas a Josef.

- ¿Por qué no?

- Los niños se rehúsan a menudo a aceptar que las niñas son más maduras e inteligentes a la misma edad, mejor no intentes convencerlo. Es un secreto de las niñas.

Mariana sonrió complacida con la idea.

Por la noche, cuando volvió a su habitación se sorprendió un poco cuando notó que había luz suficiente para ver alrededor antes de que prendiera el interruptor. Entonces comprendió que era la ventana del frente. Encendió su luz y caminó hasta la ventana para asomarse al otro lado. Ciertamente la luz del otro lado estaba prendida y las cortinas estaban abiertas. Abrió su ventana y salió al balcón con curiosidad para ver mejor la habitación de al lado. Estaba bastante vacía y solo podía ver muchas cajas amontonadas frente a la puerta.

Entonces Josef apareció por un lado de la ventana y cuando se fijó en Mariana abrió su propia ventana y salió al balcón sonriendo.

- ¡Nuestras ventanas están bastante cerca! Podría entrar a tu casa cuando quisiera.

Mariana se alejó un poco de la baranda y lo miró con desconfianza.

- No puedes hacer eso.

- Puedo hacerlo –dijo el niño acercándose más a su propia baranda y calculando la distancia entre ambos balcones- si quieres lo intento.

Mariana lo consideró por un momento y luego negó con la cabeza con seriedad.

- Está oscuro y esta es mi casa, no puedes pasar así. Además… no está tan cerca.

Josef inclinó la cabeza hacia un lado y luego se rascó la cabeza pensándolo.

- Pero lo intentaré luego.

Mariana señaló las cajas.

- ¿Qué hay ahí?

Josef siguió la dirección de las cajas y movió los hombros.

- Creo que mis cosas… aún no hemos desempacado todo… así que mi papá solo armó mi cama y puso las cortinas para que durmiera hoy aquí.

- Mmm… ¿Dónde vivías antes?

Josef señaló hacia la parte delantera de su casa.

- Por allá… muy lejos –Miró hacia arriba pensando- como a diez horas de aquí… eso dijo mi madre.

- ¡Qué lejos!

Mariana nunca había viajado tanto para llegar a otra casa, ya sea de sus compañeros de clase o familia, por lo que las diez horas de Josef le parecían demasiado. Pero lo que el niño no le había dicho era que en realidad él vivía antes en otra ciudad.

- Hoy no pude salir mucho pero… ¿Hay más niños por aquí?

Mariana negó con la cabeza.

- No… bueno… hay niños muy pequeños que apenas caminan y hay niños muy grandes que ya van a la secundaria o a la universidad –agregó.

- ¿Eh?... que feo… en mi otra casa había un montón de niños para jugar.

A continuación Josef la miró de pies a cabeza evaluándola con detenimiento. Luego asintió y le estiró la mano. La niña lo observó extrañada.

- Vamos, haremos una promesa.

- ¿Qué promesa?

- Seremos amigos. Yo jugaré contigo y tú jugarás conmigo.

Mariana lo observó un momento y luego sonrió y le dio la mano.

- Está bien.

Josef le dio una amplia sonrisa.

Así, en la noche de su octavo cumpleaños, Mariana consiguió su primer amigo. Y por primera vez, cuando cerró los ojos, tuvo la seguridad que al despertar al día siguiente, habría alguien al otro lado de la cortina.